

# LAS OTRAS ARMADAS CONTRA INGLATERRA (1596 Y 1597)

Rafael CANTERO BONILLA  
Graduado en Geografía e Historia por la UNED

Durante los meses posteriores al fracaso de la Contrarmada inglesa de 1589, en ambos reinos se temía que fuera a llevarse a cabo una nueva ofensiva por parte del enemigo. Llegaban continuamente informaciones distorsionadas acerca de planes para realizar incursiones de manera inmediata, planes que pusieron en alerta a los consejeros de ambos monarcas hasta que, finalmente, se comprendió que ninguna de las pretendidas intervenciones era una posibilidad real. Tres nuevos escenarios cobraron protagonismo y llevaron a Isabel I y Felipe II a revisar sus estrategias y paralizar, al menos temporalmente, sus planes para llevar la guerra al territorio del contrario: la intervención de ambos monarcas en la guerra de religión francesa, el acoso inglés a las flotas de Indias y la rebelión de los nobles en Irlanda.

## Desarrollando nuevas estrategias

En abril de 1588, Enrique III había nombrado sucesor al trono de Francia a Enrique de Borbón, depositario de los derechos al trono de Navarra, quien, por su condición de hugonote, fue rechazado por la Liga Católica, que lideraba el duque Enrique de Guisa<sup>1</sup>. El 12 de mayo, los católicos se sublevaban durante el llamado «día de las barricadas», mostrando su oposición a la intención de Enrique III, que se vio obligado a huir de París y a firmar el Edicto de Unión, por el que se comprometía a extirpar la herejía. Pero, en esta situación de debilidad, el rey francés tuvo conocimiento del fracaso de la Gran Armada, lo que le llevó a pensar que tenía una oportunidad de recuperarse y hacer frente a la Liga, ya que esta no podría contar con el apoyo de Felipe II, quien debería centrarse en recuperar la economía de sus estados y tratar de sobreponerse al duro golpe moral que los acontecimientos habían supuesto. Así pues, Enrique III convocó los Estados Generales en Blois y allí urdió una trama

---

(1) Enrique poseía los derechos al trono de Navarra como hijo de Juana de Albret. Ella fue quien lo educó en la fe calvinista. Sus derechos a suceder a Enrique III de Valois procedían de la línea masculina del linaje Borbón, que era una línea ininterrumpida de descendientes agnaticios de Luis IX. Con Enrique III se agotó la línea de Valois y solo quedó, como rama directa de sucesores de los reyes de Francia, la de Borbón.

para deshacerse del líder de los católicos. El 23 de diciembre de 1588, Enrique de Guisa era asesinado, y la misma suerte corría su hermano el cardenal de Lorena al día siguiente.

La Liga, a pesar de todo, no renunció a sus pretensiones y prosiguió el enfrentamiento con el monarca. El duque de Mayenne y el de Mercour, que controlaban, respectivamente, Borgoña y Bretaña, encabezaron la sublevación católica, que culminó el 2 de agosto de 1589 con el asesinato de Enrique III. No obstante, el Valois no había revocado el nombramiento de Enrique de Borbón como sucesor al trono, por lo que la Liga proclamó rey a Carlos de Borbón (Carlos X para los católicos)<sup>2</sup> al no aceptar dicha designación.

Cristóbal de Moura hizo ver a Felipe II que un rey hugonote podría atreverse a prestar mayor cobertura a los rebeldes holandeses, por lo que el monarca se dispuso a intervenir en Francia enviando al ejército de Farnesio desde Flandes. En su orden al duque de Parma, el rey afirmaba que «los asuntos de Francia son en este momento la cuestión principal» (ELLIOTT: 2005, p. 346, citando a L. van der Essen).

Además, en mayo de 1590 fallecía Carlos de Borbón, y Felipe II se planteaba que la corona de Francia pudiera recaer en su hija Isabel Clara Eugenia, nacida de su tercera esposa, Isabel de Valois, hermana de Enrique III e hija de Enrique II. El soberano español decidió enviar, además del ejército de Farnesio, una escuadra comandada por Diego Brochero y el tercio de Juan del Águila, atendiendo a la solicitud de ayuda del duque de Mercour, que se comprometía a ceder puertos en Bretaña para que fueran utilizados por las escuadras españolas y a defender los derechos de Isabel Clara Eugenia. Los españoles desembarcaron en el estuario del Loira y avanzaron hasta Blavet, donde construyeron el «fuerte del Águila», que se convirtió en el principal enclave español en Bretaña. Allí fue instalada la base de la escuadra de filibotes de Zubiaur, que mantuvo las comunicaciones y líneas de suministros entre la Península y Bretaña.

Mientras el monarca español se centraba en la empresa de Bretaña, Isabel I se veía forzada a recomponer su estrategia. Tras el fracaso de la Contrarmada, el Consejo –del que habían sido apartados Drake, Norris y Essex– decidió no volver a atacar los puertos peninsulares, ya que el estado de sus naves no permitía acometer a las escuadras españolas en sus fondeaderos. El objetivo sería, a partir de ahora, apoderarse de los tesoros de las flotas de Indias, un proyecto propuesto por John Hawkins considerado la mejor de las estrategias<sup>3</sup>.

---

(2) Carlos de Borbón, Carlos X para los católicos, era hijo de Carlos IV de Borbón-Vendôme y hermano menor de Antonio de Borbón, padre de quien será Enrique IV de Francia. Por tanto, era tío del futuro rey, pero sus derechos eran menores, ya que la línea sucesoria se había mantenido entre Antonio de Borbón y su hijo Enrique.

(3) Tras el desastre de 1589, Drake, Norris y Essex habían caído en desgracia. Eran el almirante Charles Howard, lord Cecil, Walsingham y el *lord chancellor*, Christopher Hatton, los apoyos más cercanos a la reina. Walter Raleigh mantenía cierta influencia, al igual que John Hawkins, quien siempre sostuvo la opinión de que la estrategia correcta a seguir era la destrucción y saqueo de las flotas de Indias. Hawkins se refería a ella como el método de «Jasón al ir en busca del vellocino de oro». WERNHAM: 1986, p. 236.

De esta forma se obtendría un doble beneficio económico: menguar el tesoro de Felipe II a la vez que se llenaban las arcas de Isabel I. Entre 1589 y 1591 se sucedieron expediciones y patrullas mixtas de navíos de la reina y buques armados por mercaderes y comerciantes ingleses –los llamados *privateers*, que nosotros identificamos como corsarios–, a las islas Azores y al cabo de San Vicente, con el objetivo de apoderarse de los caudales. Estas empresas fracasaron una tras otra y no consiguieron debilitar la economía filipina ni llevar a cabo la captura de ningún navío significativo hasta el verano de 1592.

Pero tampoco pudo la reina desentenderse del conflicto desatado en Bretaña. La presencia española en una posición cercana al canal de la Mancha era peligrosa para sus intereses y los de sus comerciantes, corsarios y aliados holandeses. Por esta razón, Isabel I accedió a enviar ayuda a Enrique IV en su enfrentamiento con los católicos, apoyados por Felipe II. Más allá de cooperar con un rey hugonote, lo que subyacía en su posición era tratar de impedir que el monarca español ganara posiciones en las costas de Francia. Una sombra de duda pudo aparecer en esta política cuando, en julio de 1593, Enrique IV se convirtió al catolicismo. Sin embargo, las negociaciones entre el Borbón y Felipe II para poner fin al conflicto no prosperaron, pues el rey español no renunciaba a su posición en Bretaña ni a los posibles derechos de su hija. Al contemplar cómo proseguía el enfrentamiento, la reina mantuvo su ayuda a Enrique IV y apoyó una ofensiva del rey francés en Bretaña que culminó con la destrucción, en noviembre de 1594, del fuerte del León, construido por los españoles cerca de Brest, en la península de Crozon. A esta victoria vino a sumarse el éxito de un contraataque de los rebeldes holandeses en Flandes, lo que llevó a los enemigos de Felipe II a adoptar una actitud desafiante, de manera que Enrique IV declaraba formalmente la guerra al soberano español el 17 de enero de 1595.

A finales de 1594, la situación era bastante preocupante para los españoles. Se había perdido pujanza en Bretaña y, además, la solidez de la Liga Católica comenzaba a resquebrajarse pues, si el rey francés era ya católico, ¿quién querría ver a una española en el trono de San Luis?

Pero el estado del conflicto podía agravarse. Tras la victoria en Crozon, los consejeros de Isabel retomaron la idea de elaborar un plan para atacar el Caribe español. Si las escuadras inglesas estaban fracasando en las Azores y en las costas portuguesas y andaluzas, podría ser más conveniente acometer a las flotas en sus puertos de origen. Este plan venía siendo tratado desde 1592 por el Parlamento y el Consejo de la Reina. En enero de 1593, las fuentes inglesas nos advierten de que el proyecto de tomar algún punto en el Caribe estaba en marcha, y concretamente el 18 de enero, una comisión aprobaba que Drake y Hawkins preparasen un viaje a Nombre de Dios con veinte mercantes y tres barcos reales (WERNHAM: 1998, p. 25).

La existencia de dicho plan está también corroborada por una carta de Pedro de Valdés, enviada al rey una vez que fue puesto en libertad –desde la pérdida del *Nuestra Señora del Rosario*, en 1588, había permanecido prisionero en Londres–. Afirmaba que el Parlamento se planteaba tomar y fortificar

Puerto Rico y convertirlo en fondeadero de recalada (GONZÁLEZ-ALLER HIERRO y otros: 2014, p. 613). La Cámara también había puesto los ojos en La Habana y San Juan de Ulúa, pero creía que ahora estaban bien fortificados; otra opción era Curazao.

Isabel decidió recuperar a Drake del ostracismo al que estaba siendo sometido desde el fracaso de la Contrarmada, y el 4 de noviembre de 1594 le nombró general para ejecutar el plan del Caribe (WERNHAM: 1998, p. 26). Junto a él se encontraría John Hawkins, el otro gran valedor de esta empresa.

Pero esta situación desfavorable para Felipe II iba a cambiar por completo a lo largo de 1595 y durante los primeros meses de 1596. El conde de Fuentes penetró en la Picardía desde los Países Bajos, lo que obligó a desviar tropas inglesas y francesas al norte de Francia, permitiendo así que el tercio de Del Águila resistiera en Blavet para, después, unirse a una ofensiva contra Calais, sobreponiéndose a las infames condiciones de vida que estaban soportando<sup>4</sup>. La intensidad del contragolpe español animó a Mercour a ratificar los derechos de Isabel Clara Eugenia a sucederle en Bretaña<sup>5</sup>.

Además, ante Felipe II aparecía la posibilidad de abrir un nuevo frente contra Inglaterra. Las autoridades inglesas trataban de implantar un férreo control en Irlanda y comenzaron a tomar represalias contra quienes habían colaborado y protegido a los españoles en 1588. El virrey inglés, lord Fitzwilliam, ideó un sistema de gobierno para el Ulster en el que los diferentes condados serían gobernados por un *sheriff* inglés. El segundo conde de Tyrone, Hugh O'Neill, se negó a aceptar dicho control sobre sus tierras y se enfrentó abiertamente al ejército. Aliado con Hugh O'Donnell de Ticornel, comenzó una rebelión en el norte de Irlanda. Los exiliados irlandeses que vivían en España y algunos obispos pusieron en contacto a los líderes rebeldes con el entorno de Felipe II y solicitaron la ayuda del monarca español<sup>6</sup>.

En 1593, Juan de Lacey enviaba a Lisboa un plan para invadir Irlanda desde Dunkerque con sus compatriotas enrolados en el ejército de Flandes y comandados por valones y borgoñones<sup>7</sup>. Otra parte de la invasión se llevaría a cabo desde Lisboa con mil soldados españoles. A lo largo de 1594 se sucedieron los informes y memoriales sobre cómo invadir Irlanda y convertir la isla en un valioso punto estratégico, ya que los rebeldes ofrecían la posibilidad de que su territorio fuera una base de operaciones desde la que invadir Inglaterra

---

(4) Es muy abundante la correspondencia de los comandantes y capitanes (Amezola, Del Águila o Brochero) destacados en Bretaña al respecto de las infames condiciones de vida que sufrían las tropas de Blavet. Véase, por ejemplo, Archivo General de Simancas (AGS), Guerra y Marina (GyM), 438, n.º 53. Del Águila al Consejo de Guerra.

(5) Mercour estaba casado con María de Luxemburgo, duquesa de Penthièvre, heredera de los derechos del ducado de Bretaña.

(6) Para conocer las relaciones entre Irlanda y la Monarquía española y la rebelión de los nobles, véase G.<sup>a</sup> HERNÁN: 1999.

(7) AGS, Estado (E), 432. Memorial del irlandés Juan de Lacey con un plan para invadir Irlanda. Es una traducción del francés entregada al secretario Juan de Idiáquez, fechada el 6 de noviembre de 1593, que incluye un resumen datado una semana después, el 14 de noviembre de 1593.

con el apoyo de los propios soldados irlandeses enrolados en el ejército español. Esta estrategia debería obligar a Isabel I a desviar tropas de Bretaña para mantener Irlanda bajo su control.

En abril de 1596, Felipe II se comprometía con los nobles a enviar ayuda, algo que estaba meditando desde el año anterior, cuando comenzó a reunir en Andalucía y Lisboa la conocida como «Armada de intervención en Irlanda»<sup>8</sup>.

Mientras se reunía la nueva armada, el monarca ordenó llevar a cabo una expedición al sur de Inglaterra para conocer el estado de la escuadra inglesa. Carlos de Amezola zarpó a finales de julio desde Bretaña con cuatro galeras y arrasó varios pueblos de la costa de Cornualles entre el 2 y el 4 de agosto de 1595. En Inglaterra ya había noticias referentes a un probable ataque español a Irlanda. Zubiaur obtuvo información acerca de una posible respuesta inglesa, información que hablaba del apresto de catorce galeones para proteger Irlanda de una supuesta invasión hispana<sup>9</sup>. Pero el ataque a Cornualles sorprendió a la reina y a su Consejo, por lo que Isabel I paralizó momentáneamente la expedición al Caribe, con la intención de proteger sus costas ante la posible llegada de una nueva «Gran Armada».

Fue entonces cuando llegaron noticias de que la capitana de la flota de Tierra Firme se había averiado y estaba en Puerto Rico haciendo reparaciones con cinco millones de pesos en sus bodegas. Esto provocó que Drake y Hawkins insistieran en llevar a cabo el ataque al Caribe, a lo que, finalmente, Isabel I accedió, pero limitando su capacidad operativa a veintinueve navíos (seis de ellos galeones de la reina), y su horizonte temporal, a seis meses; en ese periodo de tiempo debían retornar a Inglaterra para protegerla de esa nueva armada que se estaba reuniendo en España. El grueso de los buques de Isabel permanecería costearo cerca, de patrulla para defender la isla de posibles ataques.

Los cuatro primeros meses de 1596 fueron un verdadero quebradero de cabeza para las ambiciones de Isabel I. En abril tuvo conocimiento del fracaso de la expedición al Caribe y de la muerte de Hawkins y Drake, mientras que en Francia soldados comandados por Leaguer de Rosne y el ejército de quince mil hombres del archiduque Alberto sitiaban Calais. Isabel aceptó enviar seis mil hombres, además de los dos mil que Vere tenía en Holanda, para defender Calais, pero el movimiento inglés, demasiado lento, fue vano, de manera que el 24 de abril los tercios asaltaron la ciudadela. Los franceses clamaban contra Isabel mientras Calais caía en manos españolas. El archiduque tomó después la fortaleza de Ardres y se dirigió a Hulst, que también fue tomada a pesar de los esfuerzos de Mauricio de Nassau.

---

(8) AGS, GyM, 432, n.º 136. Las primeras informaciones respecto a los barcos que había en Lisboa la proporciona Diego Brochero, que era un firme defensor de la intervención en Irlanda, el 28 de octubre de 1595. Los gobernadores de Portugal y Andalucía, donde comenzaba a reunirse la escuadra, eran Juan de Silva, conde de Portoalegre, y el duque de Medina Sidonia.

(9) AGS, GyM, 432, n.º 160. Carta de Zubiaur a Felipe II, 21 de octubre de 1595.

## El saqueo de Cádiz y la armada de 1596

Ante el avance español en el continente, la reina optó por no enviar tropas en socorro de franceses y neerlandeses. Isabel y Essex decidieron que era más oportuno atacar España que proteger el norte de Francia<sup>10</sup>. La acumulación de noticias procedentes de Francia y el conocimiento de que en España se habían iniciado los preparativos de una nueva armada en varios puertos, fueron el desencadenante de que un plan, urdido a finales de 1595 por Charles Howard, basado en «buscar a los enemigos de la reina donde estos puedan ser encontrados» (WERNHAM: 1998, p. 55), fuera apoyado por Essex y el resto de los consejeros.

El plan se mantuvo en secreto; no se desvelaron sus objetivos, si es que verdaderamente estaban definidos (WERNHAM, 1998: p. 56). Se trató de dar la imagen de que aquella armada se concebía para defender Inglaterra de una posible invasión española, y bajo esta premisa los holandeses se comprometieron a apoyarla. También se deslizó en ambientes diplomáticos que el objetivo era proteger el retorno de Drake, o que se utilizaría para el servicio en Irlanda si los rebeldes no aceptaban la paz ofrecida. Asimismo se sugirió que podía ser enviada a expulsar a los españoles de Blavet y de Calais en caso de que Isabel y Enrique IV se pusieran de acuerdo.

El conde de Essex trató de adueñarse del plan de Howard y llevarlo aún más lejos. Se presentó ante Isabel I planteando convertirla en *mistress of the sea*, que era la mayor grandeza a la que la reina de una isla podría aspirar. Afirmaba que, a pesar del fracaso final de la expedición de 1589, las tropas inglesas lograron desembarcar y tomar tierra, por lo que era viable llevar a cabo una operación militar encargada de tomar un puerto que permitiera establecer una base desde donde patrullar las costas de España y Portugal, controlar las flotas españolas, interceptar el tesoro y bloquear el comercio, de manera que «the Golden Indian stream might be turned from Spain to England»<sup>11</sup> (WERNHAM: 1998, pp. 88-89).

Argumentaba, además, que era más fácil atacar las costas peninsulares, ya que los puertos y costas estaban defendidos por guarniciones inexpertas, mientras que los soldados profesionales se encontraban fuera de España. Y no le faltaba razón: el territorio estaba protegido por las milicias, en tanto que los Tercios se encontraban en Italia o Flandes. La reina recordaba que sus generales habían aseverado en 1589 que diez mil buenos soldados hubieran logrado someter La Coruña, de modo que el plan se tomó con gran interés.

Efectivamente: una armada zarpaba el 13 de junio de 1596 desde Plymouth, comandada por Charles Howard y Rober Devereux, conde de

---

(10) No obstante, ante el clamor francés, las diplomacias de ambos países trabajaron hasta firmar el Tratado de Greenwich (14 de mayo de 1596), en el que se garantizaban una ayuda mutua en caso de ataque de Felipe II. Los ingleses enviarían cuatro mil hombres a la Picardía y Normandía, y los franceses se comprometían a hacer lo mismo en caso de invasión española a Inglaterra.

(11) «La corriente dorada de las Indias cambiaría de España a Inglaterra».

Essex, con el objetivo que acabamos de mencionar, para posteriormente dirigirse a las Azores a interceptar la flota de Indias de 1596. A los navíos ingleses se unió una escuadra holandesa que aportó veinte barcos más. Essex contaba con la información acerca de los puertos españoles proporcionada por el exsecretario de Felipe II Antonio Pérez, exiliado en Inglaterra. La expedición estaba formada por once de los mayores barcos de guerra de la reina, dos de los pequeños y tres pinazas, a los que se sumaban veinte grandes navíos de particulares londinenses y sesenta buques de transporte, más una cantidad indeterminada de lanchas y pequeñas naves. La armada transportaba más de seis mil soldados a sueldo, mil voluntarios ingleses y casi siete mil hombres de mar. Estaba dividida en cuatro escuadras, comandadas por el propio lord almirante (Charles Howard de Effingham), Thomas Howard, Walter Raleigh y Francis Vere. Las fuerzas terrestres estaban bajo el mando del conde de Essex. Tras el fracaso en el Caribe, la reina optaba por volver a la estrategia de 1589: atacar a la armada española en sus puertos y tomar una posición desde la que desestabilizar el funcionamiento de las escuadras de Felipe II y acosar y apresar los barcos de la Carrera de Indias.

El desenlace de esta operación fue el saqueo de Cádiz; no se destruyeron los barcos que se armaban en Sanlúcar de Barrameda ni se tomó ningún puerto. Los ingleses arrasaron Cádiz al negarse Medina Sidonia a pagar un rescate por la ciudad y su entorno. Para completar la transgresión de lo planificado, las naves de Isabel I tampoco fueron a las Azores en busca de la flota de Indias. Los comandantes no se pusieron de acuerdo: unos decían que no había vituallas suficientes, otros que los enfermos eran demasiados. El supuesto triunfo de Cádiz, que lo fue desde el punto de vista corsario, no había complacido a la reina.

Y si a Isabel no le satisfizo, a Felipe II lo encolerizó. Mandó llamar a Bretaña a Martín de Padilla y Enríquez, adelantado de Castilla y conde de Santa Gadea, para ponerlo al mando de la Armada de Lisboa, y lo urgió a que dispusiese la escuadra para lanzarla contra Irlanda<sup>12</sup>. Santa Gadea tenía gran experiencia en la guerra naval: había sido designado cuatralbo de las galeras de Sicilia en 1567, participado en la represión de la sublevación de las Alpujarras en 1569, nombrado en 1586 general de las galeras de España y luchado en 1589 en Lisboa, donde derrotó a cuatro navíos ingleses; además, en 1591 había apresado una escuadra angloholandesa en Almería.

Diego Brochero fue nombrado almirante debido a su dilatada experiencia en el mar. Caballero de la Orden de Jerusalén, peleó con los turcos en la década de 1560, fue hecho prisionero y bogó en las galeras del sultán durante cinco años; una vez liberado, armó un galeón y corseó en el Mediterráneo central hasta que fue apresado por los venecianos. Rescatado por la intercesión del rey, el papa y el gran maestro de la orden, regresó a España para

---

(12) AGS, GyM 458, n.º 42. Santa Gadea respondía al rey y se disponía a aprestar la armada, 4 de agosto de 1596.



servir en las escuadras reales, y en 1590 condujo la vanguardia de escuadra destacada a Blavet para iniciar la campaña de Bretaña.

Sancho Martínez de Leyva fue designado comandante de la infantería y la caballería. Había participado en la toma de Túnez en 1573 y, posteriormente, sirvió en Italia junto a su hermano don Alonso. Levantó el sitio que sufrió don Juan de Austria en Namur en 1578, y fue nombrado maestro de campo del Tercio Viejo de Alejandro Farnesio.

Pero la armada no solo se reunió en Lisboa. Luis Fajardo debía embarcar a la infantería de Italia en los veintiún buques que se encontraban en Sanlúcar de Barrameda; en Sevilla también había diez barcos aprestados y, además, podía disponer de ocho naves procedentes de la flota de la Carrera de Indias.

Felipe II también sumó a esta empresa una potente escuadra de navíos del Cantábrico que habría de comandar el vizcaíno Pedro de Zubiaur y contaría con la presencia de Martín de Bertendona. Procedente de una familia de tradición mercantil, Zubiaur comerció privadamente con América y sufrió la actividad de los corsarios ingleses. En 1572 fue comisionado por la Casa de Contratación para negociar el cobro de los bienes capturados por Drake en las Indias. En 1580 realizó una labor similar tras las correrías de sir Francis por el Pacífico. Su frecuente presencia en Inglaterra y los Países Bajos lo condujo a entablar estrechas relaciones con don Bernardino Mendoza, el embajador en Londres, con quien colaboró en la creación de una eficaz red de espías.

En 1582 de nuevo fue hecho prisionero, tras ser acusado del intento de asesinato de Guillermo de Orange y de elaborar un plan para tomar Flessinga, en los Países Bajos. Torturado posteriormente en Holanda, hubo de pagar diez mil escudos para ser liberado. En 1588 se encontraba junto a Farnesio en la preparación del desembarco desde Flandes. Al año siguiente se ocupó de repatriar a los prisioneros de la Gran Armada que iban siendo liberados. Durante 1590, con su escuadra de filibotes –barcos dedicados a operaciones de transporte–, realizó el apoyo logístico de la campaña de Bretaña y pudo demostrar su eficacia en el socorro a Blaye y la posterior incursión de Joannes de Villaviciosa en Burdeos, acción llevada a cabo ante fuerzas muy superiores: quince filibotes frente a 83 navíos de Francia e Inglaterra. En 1593 levantó el asedio del fuerte León, en las proximidades de Brest.

Las órdenes para que el adelantado se apresurase con el apresto de la armada comenzaron a llegar el 15 de julio y se repitieron, al menos, en tres ocasiones durante dos semanas<sup>13</sup>. Por otra parte, Zubiaur recibía el 13 de agosto órdenes del capitán general de Guipúzcoa de zarpar hacia Bretaña en busca de dos mil hombres del tercio de Juan del Águila, que se habían a poner a las órdenes de Fernando Girón. Partiría con seis galeones, cuatro galizabras, un patache y cinco filibotes flamencos<sup>14</sup>. Zubiaur no se mostró conforme con el

---

(13) En AGS, E, 176 se hallan tres cartas con órdenes del rey fechadas los días 15, 16 y 30 de julio.

(14) AGS, GyM, 458, n.º 438. Órdenes de Velázquez para Zubiaur y Girón, 13 de agosto de 1596.



estado de los galeones construidos por Agustín de Ojeda e informó de que resultaban muy limitados para lo que era necesario. Tampoco le parecieron adecuados los alimentos recibidos y avisó de que los pataches iban sin carne y solo con bacalao<sup>15</sup>. Se quejaba de las provisiones, de las que era responsable el proveedor Arriola, y decía que «uno le echa la culpa al otro y el otro al otro, en fin, en esto pasan el tiempo»<sup>16</sup>. Avisaba de que intentaría hacer la «desembarcación» en Brest porque Blavet era más peligroso para entrar con los galeones. Luego, debía regresar a Santander, donde recibiría bastimentos y tomaría la derrota de Lisboa para ir en busca de Santa Gadea.

Desde mediados de septiembre, Felipe II expuso sus intenciones al adelantado; debería desembarcar en «Korque o lo más cercano de allí y no unir sus fuerzas a las de los naturales amigos dejando que estos obraran de por sí»<sup>17</sup>. El rey no quería identificar a su ejército con las tropas rebeldes irlandesas, caracterizadas por su crueldad y por su odio a los ingleses. Pero Santa Gadea comenzaba a dudar de la viabilidad de la empresa debido a lo avanzado de la estación, y solicitó invernar en la Península. El soberano se opuso y ordenó llevar a cabo el plan sin dilación<sup>18</sup>. Una semana después le indicaba que desembarcara en la parte austral de la isla, aunque estuviera más lejos de Dublín, ya que los puertos eran mejores y en esa zona sería más fácil encontrar «socorros y refuerzos» y recibiría ayuda más fácilmente de los católicos irlandeses<sup>19</sup>.

Mientras estas comunicaciones se producían, Zubiaur ya había retornado a Santander y recibió la orden de zarpar y dirigirse a Bayona a esperar al adelantado, y así lo hizo el 27 de septiembre. Santa Gadea era informado de esto el 5 de octubre, cuando el rey ya daba por hecho que la escuadra de Lisboa había zarpado o estaría a punto de hacerlo<sup>20</sup>. Pero el adelantado no había salido de Lisboa, y Zubiaur comenzó a impacientarse. El 13 de octubre, el rey apremiaba a su capitán general a que zarpara de Lisboa, manifestándole que «así quedáis advertido de todo y así lo poned en ejecución sin réplica ni dilación alguna»<sup>21</sup>.

Pero, efectivamente, tal y como pensaba Santa Gadea, el otoño estaba ya demasiado avanzado y era muy aventurado enviar los navíos a Irlanda. Felipe II decidió que había que retrasar la jornada irlandesa. Tras la orden tajante de que zarpara de Lisboa, le envió una carta privada –que no debió de remitir por los cauces habituales– donde, en un tono más moderado, indicaba al adelantado que la carta era «solo para vos y ningún otro la vea ni entienda».

---

(15) *Ibídem*, n.º 219. Carta de Zubiaur a Felipe II. Guetaria, 17 de agosto de 1596.

(16) AGS, GyM, 458, n.º 174. Zubiaur a Felipe II. Pasajes, 14 de agosto de 1596.

(17) AGS, E, 176. Felipe II al conde de Santa Gadea, 14 de septiembre de 1596.

(18) *Ibídem*, 24 de septiembre de 1596.

(19) *Ibídem*, 1 de octubre de 1596.

(20) De hecho, el día 7 de octubre ordenaba a Santa Gadea que enviara aviso a Flandes, a su sobrino el archiduque, de que se dirigía a Irlanda. AGS, E. Carta de Felipe II a Santa Gadea, 7 de octubre de 1596.

(21) *Ibídem*, 1 de octubre de 1597.

Decía el rey que, debido a los retrasos, «se suspenda para mejor tiempo lo de Irlanda, entre otras cosas por la largura de las noches y el exceso de los fríos (...) sin que nadie lo entienda por agora pero quiero juntamente que esa Armada no se detenga un solo día más en ese puerto».

Felipe II comunicaba a Santa Gadea que recogiera a Zubiaur en Bayona y que se detuvieran en La Coruña, donde se le referirían las órdenes para la armada<sup>22</sup>. Santa Gadea no era partidario de esta decisión; él era firme defensor de la empresa de Irlanda y de contar con la ayuda de los rebeldes para tratar de invadir Inglaterra, pero acató órdenes y se preparó para iniciar viaje a Galicia.

Felipe II envió las órdenes a La Coruña, cambiando por completo el destino de la armada: «Se deja para mejor tiempo lo de Irlanda (...). Partáis con toda la Armada sustentando la idea de ir a Irlanda y tomar camino para Bretaña derecho al puerto de Brest»<sup>23</sup>.

El rey quería mantener engañados a los enemigos y a los amigos. Implicaba a Santa Gadea en el juego diplomático diciéndole que escribiera al duque de Mercour para indicarle que siempre había holgado favorecer sus cosas, y añadía que «el derecho de su hija la Infanta a Bretaña que es tal que todos lo confiesan»<sup>24</sup>.

Reforzaba su orden el día 22 diciendo al adelantado que aprovechara los frutos y contribuciones de la provincia por la abundancia que allí había, y que decidiera si mantenía la fortificación de Del Águila o construía una nueva. Dos días después enviaba una nueva misiva en la que, redondeando su trama diplomática, matizaba la novedad del plan («no cesando la jornada sino trocándose en otra de más momento y sustancia como es la de Bretaña») y pedía a su capitán general que escribiera a los líderes rebeldes O'Donnell y O'Neill para informarlos de que «aunque ahora estaba parado seguía aprestando la Armada y que no se dejasen llevar por las invenciones de los ingleses»<sup>25</sup>.

El rey no parecía querer abandonar la idea de invadir Irlanda —o trataba de que su capitán general así lo creyera, ya que conocía la decepción de Santa Gadea por el cambio de objetivo (G.<sup>a</sup> HERNÁN: 1999, p. 366)—, ni quería correr el riesgo de que sus posibles aliados conocieran su verdadera intención antes de tiempo, por lo que esto pudiera implicar.

Pero en el cambio de planes cabe inferir una causa más allá de los inconvenientes que pudiera provocar el tiempo otoñal. La Liga había comenzado a fracturarse una vez convertido Enrique IV al catolicismo, y la coalición con el monarca español comenzaba a ser percibida por los franceses como poco conveniente. Felipe II veía cómo su alianza de intereses con Mercour se debi-

---

(22) *Ibídem*, «Esta carta sea solo para vos ...». Carta de Felipe II al conde de Santa Gadea, 13 de octubre de 1596.

(23) AGS, E, 176. Orden de Felipe II, 21 de octubre de 1596, «se deja para mejor tiempo lo de Irlanda».

(24) *Ibídem*.

(25) *Ibídem*. Carta de Felipe II al conde de Santa Gadea, 24 de octubre de 1596.

litaba. Es cierto que, tras la toma de Calais en abril de 1596, el duque de Bretaña había reconocido formalmente los derechos de Isabel Clara Eugenia a sucederlo, reforzando su acuerdo con Felipe II, pero a partir de ese momento comenzaron a llegar a España rumores acerca de un posible acercamiento de Mercour a Enrique IV. Especialmente significativa es una carta que recibió Idiáquez el 9 de abril, ya traducida del francés, en la que se afirma que «el duque de Mercurio, aseguran por muchos está concertado con el de Bearn»<sup>26</sup>. Con el cambio de destino, el rey trataba de reforzar los derechos de su hija en Francia y pretendía desbaratar las posibles inclinaciones de Mercour a llegar a un acuerdo con Enrique IV, ya que la llegada de una armada de tales dimensiones sería percibida por el duque como un firme respaldo por parte del monarca español.

Por tanto, la conocida como «Armada de intervención en Irlanda» no se dirigía a Irlanda: se dirigía a Bretaña. El conde de Santa Gadea zarpó de Lisboa el 25 de octubre, al mando de una escuadra de cien navíos con cerca de once mil hombres a bordo. Ochenta y uno de los buques habían sido preparados en Lisboa, y diecinueve urcas y pataches procedían del puerto de Bonanza, en Sanlúcar de Barrameda, donde habían embarcado 2.352 soldados y 138 oficiales de infantería<sup>27</sup>.

La nave capitana era el galeón *San Pablo*, de 1.200 toneladas (t); la almiranta era el galeón *San Pedro*, de 1.000. De gran porte eran también los galeones *Santiago*, de 1.000 t, y *San Bartolomé*, de 950. También navegaban en las escuadras algunos galeones más pequeños, de entre 400 y 500 t, como el *San Felipe* y *Santiago*, de 500. Participó en la armada una escuadra de «levantiscas» comandada por Stefano de Oliste, que había adquirido el mando tras el reciente fallecimiento de su tío y armador el ragusano Pedro de Ivella; la capitana de esta escuadra era el galeón *San Jerónimo*, de 1.200 t. La capitana de las urcas era el *León Dorado*, de 600. También destacaban por su volumen las naos *Anunciada*, de Portugal, y *Esperanza*. Una y otra desplazaban 1.000 y 1.120 toneladas.

El adelantado de Castilla zarpó de Lisboa el 25 de octubre, y tres días después, la noche de san Judas Tadeo y san Simón Apóstol, una tremenda tormenta sorprendió a los navíos a la altura de Finisterre. Los daños que sufrieron provocaron que muchos de ellos quedaran ingobernables y acabaran naufragando en las rías de Finisterre y Corcubión. Las primeras informaciones hablaban de más de treinta navíos perdidos. Un recuento realizado dos meses después confirmaba el naufragio de veinte barcos y la pérdida de otros cinco de los que no se sabía nada. Entre los naufragados se contaban algunos de los buques de mayor tamaño, como la nao *Anunciada*; los galeones *Santiago*, *San Jerónimo* y *San Felipe* y *Santiago*; la nao *Isabella*, con treinta mil ducados a bordo, y una galizabra de Portugal de 350 t. En estos veinticinco navíos nave-

---

(26) *Ibidem*. Carta con información de Francia, 9 de abril de 1596.

(27) AGS, GyM, 460, n.º 302. Relación de la infantería de Luis Fajardo, 12 de octubre de 1596.

gaban 3.400 hombres de mar y guerra, de los que se dieron por muertos 1.706, más diecisiete oficiales y «hombres de cuenta»<sup>28</sup>.

El 14 de noviembre, Santa Gadea exponía la situación al rey y afirmaba estar, pese a todo, dispuesto para zarpar en cuanto llegara de Bayona Zubiaur, a quien había enviado dos carabelas para dar aviso. Pero informaba también de que la situación de la armada era muy precaria: había que vestir a la tropa, especialmente a la de Bretaña, que además de hallarse mal equipada y alimentada demandaba sus sueldos atrasados. Igual hacían los llegados de Andalucía, que reclamaban cinco meses de sueldo. «Hay muchos enfermos, pero mueren pocos», afirmaba el adelantado. Tenía muy buenas palabras respecto a Zubiaur y pedía al monarca que le reconociera con un título, ya que pocos estaban dispuestos a servir como él y así sería un ejemplo. También estaba conforme con los generales Urquiola y Bertendona –quien había llegado por tierra desde Vigo–, y afirmaba que Brochero lo ayudaba mucho en todo lo del mar<sup>29</sup>.

La respuesta del soberano llegaba el 13 de diciembre. Confirmándolo en el cargo, y encargándole la «reparación del daño sufrido» por haber salido tan tarde, le informaba de que en primavera se recuperaría la empresa<sup>30</sup>. Es decir, hay una clara continuidad entre ambas armadas; no fueron dos proyectos diferenciados.

Pero el 29 de noviembre de 1596 Felipe II decretaba una suspensión de pagos, a pesar de haber recibido los caudales de la flota de Indias de 1596. Los problemas que había que afrontar para seguir adelante eran muy numerosos, y los primeros en manifestarse fueron las enfermedades y el comportamiento de los soldados en tierra, motivado por la escasez de comida y de ropa y por los retrasos en el cobro de las soldadas, privaciones todas ellas a las que difícilmente se podía poner remedio debido al deterioro de la Hacienda Real.

Un médico de Santiago y otro de La Coruña pensaban que podía desatarse una epidemia de peste, de modo que quizá fuese conveniente que se marcharan todos por unos días de ese lugar<sup>31</sup>. El 8 de febrero, el adelantado informaba de que «han muerto y mueren muchos hombres porque no hay médicos», y se atrevía a pedir al rey que le enviara alguno de los suyos: «que piense la poca falta que puede hacer un médico en la casa de S.M. y lo mucho que acá importaría»<sup>32</sup>.

Cuando los hombres de la armada llegaron a La Coruña, se dispusieron órdenes precisas para controlar su comportamiento durante la estancia en tierra. Se prohibían las afrentas, se pedía honestidad y amabilidad con la gente, se penaba el amancebamiento y se premiaba la virtud<sup>33</sup>. Parece evidente

---

(28) Archivo del Museo Naval de Madrid (AMN), Colección Sanz de Barutell (SB), Ms. 392, art. 4, núm. 1267.

(29) *Ibidem*, núm. 1292.

(30) AGS, E, 176. Carta de Felipe II al conde de Santa Gadea, 13 de diciembre de 1596.

(31) AGS, GyM, 462, n.º 63. Carta de Francisco Moscoso al rey, 7 de enero de 1597.

(32) AGS, E, 180. Carta del conde de Santa Gadea a Felipe II, 8 de febrero de 1596.

(33) AGS, GyM, 481, n.º 9. Orden a los maestros de campo. Ferrol, 1 de enero de 1597.

que alojar a las tropas mientras se aprestaba la armada distorsionaba la vida diaria de las comarcas.

Y, en efecto, el 3 de enero ya se tenía noticia de los problemas provocados por los soldados en los alojamientos. Luis Carrillo, capitán general de Galicia, informaba de que los del tercio de Girón habían dejado de cumplir órdenes y comenzaban a crear problemas en Mondoñedo y Tuy<sup>34</sup>. Requeridos para que abandonaran este último lugar a fin de ser alojados en otro distrito, se negaron a hacerlo y empezaron a cometer desmanes: «Las maldades, cohechos, robos y fuerzas que los soldados que tiene a cargo don Fernando Girón son tales y hechos con tanta libertad que parece para ello tener licencia del que los gobierna pues se han sacado violenta y forzosamente a mujeres doncellas y casadas de sus casas las cuales hoy en día se hallan en poder de los mismos soldados y oficiales»<sup>35</sup>.

Las autoridades reclamaban que se enviara una persona a Galicia a recabar información de los hechos, para que se hiciera justicia. También reclamaban que se llevara pan a aquel reino, porque había escasez de todo y la población estaba sufriendo mucho de la llegada de la armada.

Por otra parte, los generales del rey no dudaron en hacerle saber lo complicado de la situación, los problemas con los abastecimientos y el exceso de personas implicadas en el funcionamiento de la empresa, todo lo cual restaba a esta diligencia.

En una gráfica carta, Santa Gadea exponía lo que estaba en juego con no avanzar en el apresto de los barcos. Afirmaba que «se necesitan mejores barcos y apostar definitivamente por una guerra ofensiva», y que dejar pasar el tiempo hacía que se perdiera reputación frente al enemigo. El adelantado decía estar «dispuesto a meterse él solo con el bajel más ruin entre la armada enemiga si eso hiciera falta pero que no podía ser la causa de la pérdida de este resto de la Cristiandad por no aprestar diligentemente la Armada».

Pedía que los «ministros se involucrasen de una vez» y comprendieran que todos estaban en ese «resto» y que podían ganar si aprovechaban todas las ventajas de que disponía el rey: tesoros, riquezas, etc. Era 24 de enero y no habían avanzado nada desde el 1 de noviembre. También criticaba la calidad de los barcos diciendo «que los que lleguen de Guipúzcoa y Sevilla han de mejorar notoriamente la calidad de lo que tenía», porque lo que había era bastante poco y los enemigos trabajarían en mejorar los suyos<sup>36</sup>.

Diego Brochero, por su parte, no dudó en avisar al rey de la escasa cualificación de la gente de mar y de los problemas con los salarios: «No hay buenos pilotos, los marineros buenos no se quieren enrolar porque cobran lo mismo que los malos. No se encuentran pilotos para los navíos pequeños por el bajo sueldo y que al fin y al cabo trabajan lo mismo que los de los grandes». Opina-

---

(34) *Ibídem*, n.º 38. Luis Carrillo, capitán general de Galicia, a Felipe II. La Coruña, 3 de enero de 1597.

(35) AGS, GyM, 482, n.º 80. Freyre de Andrade al rey. Tuy, enero de 1597.

(36) AGS, GyM, 481, n.º 19. Santa Gadea a Felipe II. Pontevedra, 25 de enero de 1597.

ba que no se podían poner como capitanes de los galeones de más de trescientas toneladas a oficiales de infantería, como se hacía en la flota de Indias, «porque son gente muy ordinaria y que por el poco sueldo que se les pagaba y por el poco respeto de la Infantería, nadie quería ser capitán de un galeón».

Decía que debería volver a pagarse como en tiempos de Bazán, y que necesitaba reclutar al menos trescientos marineros de Galicia, ya que se había licenciado a los vascongados. Incluso afirmaba que el fracaso de 1588 se debió a que Medina Sidonia no había contado con buenos pilotos<sup>37</sup>.

Zubiaur también incidía en ese tema: «En Ferrol hay muy pocos pilotos españoles», lo cual hacía necesario que se enviaran de otras partes, «porque si no se pueden tener ciertas las desgracias».

Además, proponía un plan para invadir Inglaterra con las galeras de Bretaña, llevándolas «reforzadas de chusma para aprovechar las encalmadas y meter el ejército de Flandes en Londres». También llegó a proponer que se entregaran los galeones a los asentistas a cambio de un tanto fijo, y que ellos se ocuparan de abastecer y mantener los barcos<sup>38</sup>.

Santa Gadea presentaba al Consejo de Guerra un memorial en el que exponía todo lo que necesitaba para aprovisionar la armada y pedía más ayuda. Insinuaba que cada ministro debería hacer su parte y dejarse ayudar por él, y no decir, «como en el pasado», que todo lo quería hacer él solo y «que cada uno de sus ministros se resuelva a poner el hombro para resolver las dificultades de sus oficios de tal manera que no se les pueda echar culpa»<sup>39</sup>.

El 27 de febrero, el adelantado comunicaba al soberano la sensación de que sus cartas pasaban por demasiadas manos y, por ello, no se producía una comunicación adecuada entre ambos. A continuación enviaba otro correo para expresar al rey que, sumando las pagas a los barcos extranjeros, a los marineros de los galeones y a la gente de guerra, y lo que se gastaba en bastimentos, estaba quebrado. La gente de guerra no se podía sustentar debido a la carestía, y cuanto más demorasen la empresa, en peores condiciones estarían. Urgía a acelerar todos los preparativos y que se involucraran todas las partes para hacerla en tiempo<sup>40</sup>.

## Las expediciones de 1597

A pesar de todos los inconvenientes, la armada continuaba reuniéndose en Galicia. El 5 de febrero se encontraban 84 barcos en el puerto de Ferrol, entre ellos nueve galeones y un galeoncete de su majestad y otros cuatro de particulares. Santa Gadea estaba esperando la llegada de navíos nuevos de Andalucía y de los seis que se fabricaban en Pasajes. La capacidad de carga de las naves

---

(37) *Ibidem*, n.º 183. Brochero a Felipe II, 19 de enero de 1597.

(38) *Ibidem*, n.º 191. Zubiaur a Felipe II, 20 de enero de 1597.

(39) AGS, GyM, 482, n.º 199. El adelantado a los ministros de la guerra. Ferrol, 25 de febrero de 1597.

(40) AGS, GyM, 482, n.ºs 200 y 201. Santa Gadea al rey, 27 de febrero de 1597.

del rey era de 8.271 toneladas, la de particulares 4.890, la de las veintisiete urcas alemanas 7.760 toneladas, y la de las veinticinco flamencas 4.990 (FDEZ. DURO: 1972, p. 162).

El 1 de marzo ya se encontraban tres tercios en Ferrol: el de Gonzalo Luna, con 2.804 hombres; el de Fernando Girón, con 2.855, y el de Rodrigo Orozco, con 2.968<sup>41</sup>.

Durante la primavera se sucedieron informaciones, procedentes de espías y marinos enviados a recabar información a Irlanda, Bretaña o Escocia, acerca de la armada inglesa y de la percepción que allí se tenía sobre las posibles intenciones de la reina. Esta tenía dispuestos catorce grandes barcos, a los que esperaba unir veinte holandeses para tratar de impedir la navegación de los españoles hacia Calais. Además, seguían armándose naves y reclutándose hombres para lanzar una ofensiva en junio o julio, ante el temor a una acometida por parte de la armada de Felipe II. No estaban claros los objetivos; se dudaba si, en efecto, se destinarían a Calais, a las Terceras o si se lanzarían contra las costas españolas para frustrar el intento de invasión española<sup>42</sup>. Las fuentes inglesas afirman que, una vez más, el objetivo era atacar los barcos de Felipe II en el puerto, «asaltar la escuadra del rey de España en el puerto de el Ferrol que era el deseo de la reina para mantener la seguridad en casa y después ir a Terceira, tomarla, mantenerla y esperar el retorno de la flota de Indias» (MONSON: 2007, p. 22).

Y así parecía refrendarlo un aviso recibido el 5 de julio, el cual afirmaba que los ingleses se preparaban para zarpar, bajo el mando de Essex y Vere, con dieciocho bajeles de la reina (entre ellos los dos que habían apresado en Cádiz) y siete mil de los mejores soldados del país, a los que se añadía el apoyo holandés, cifrado en treinta barcos y mil quinientos soldados. El destino parecía ser las Terceras, aunque de camino podían valorar el ataque a La Coruña y Ferrol. La intención ahora no era tomar posición, ya que la fuerza no llevaba a bordo caballos ni caballería, y no se descartaba que se armaran más barcos<sup>43</sup>.

Felipe II decidió reforzar la escuadra de Santa Gadea ordenando al general Marcos de Aramburu que recogiera unos navíos que llegarían procedentes de Italia con infantería, y que se uniera posteriormente a la armada de Ferrol. El 8 de julio, los navíos italianos comenzaban a arribar con bizcocho y hombres procedentes de Palermo, pero el estado de los soldados tampoco era el idóneo. Llegaban dos tercios de Nápoles y otro de Lombardía, pero uno de los napolitanos traía muchos enfermos. Aramburu comenzaba a acumular retraso hasta que, finalmente, zarpó el 8 de septiembre hacia Ferrol<sup>44</sup>; pero, tras 34 días de travesía, el 11 de octubre tuvo que entrar en el puerto de Lisboa para aprovisionarse<sup>45</sup>.

---

(41) AGS, E, 180. Relación de infantería en Ferrol, 1 de marzo de 1597.

(42) AGS, GyM, 613, n.º 69 y 70. Avisos de Inglaterra, 3 y 17 de mayo.

(43) AGS, GyM, 614, n.º 6. Avisos de Inglaterra, 5 de julio de 1597.

(44) AGS, GyM, 489, n.º 89. Doria informa de que Aramburu ha zarpado y ha recibido sus órdenes. Cádiz, 8 de septiembre de 1597.

(45) AGS, GyM, 490, n.º 181. Juan de Silva al rey. Lisboa, 12 de octubre de 1597. Informa del mal estado en que llega la escuadra de Aramburu, con muchos enfermos.



Por otra parte, Martín de Bertendona fue el encargado de acudir a Pasajes en busca de los seis galeones nuevos, aquellos de los que Santa Gadea ya hablaba en febrero, que también se iban a sumar a la escuadra de Ferrol<sup>46</sup>. El general salía de Pasajes el 26 de julio<sup>47</sup>.

A finales de agosto, la armada ya contaba con efectivos suficientes –lo que no quiere decir que fueran satisfactorios por completo– para hacerse a la mar. El 24 de agosto, Alonso de Velasco, veedor general de los ejércitos y armadas de España, informaba desde Ferrol de la gente de infantería y caballería disponible, los tercios de Girón, Luna y Orozco, y otras diez compañías sueltas que en total sumaban 442 oficiales, 7.902 soldados y 112 caballos<sup>48</sup>. El 27 de agosto se contaban en aquel puerto 101 navíos, con un total de 3.738 hombres de dotación entre oficiales, artilleros, grumetes y pajes<sup>49</sup>.

La escuadra inglesa estaba aprestada a mediados de julio; pero, una vez que hubo zarpado, un temporal averió dos grandes galeones y la obligó a regresar a Plymouth. Una carta procedente de Ámsterdam informaba con mucha exactitud de los navíos que la integraban: noventa bajeles gruesos, veinticinco urcas holandesas, cincuenta o sesenta barcos luengos y veinte barcas largas y chatas que se habían cargado con cañones de la Torre de Londres. Entre los comandantes más destacados se encontraban el conde de Essex, Thomas Howard y Walter Raleigh. Llevaban provisiones para cuatro meses<sup>50</sup>. La decisión final del Consejo de la Reina había sido, una vez más, tratar de destruir los navíos de Felipe II en sus puertos y, posteriormente, dirigirse a las Azores en busca de la flota de Indias, que venía del Caribe escoltada por Gutiérrez de Garibay.

El 1 de septiembre ya se tenía conocimiento en España de que la escuadra inglesa había zarpado de Plymouth, y tres días después era divisada desde Vivero. El 9 de septiembre se encontraba frente a Muros, dando la sensación de que iba «midiendo los puertos»<sup>51</sup>. Sin embargo, los ingleses no atacaron ninguno de los fondeaderos gallegos, ya que el viento del norte produjo daños en algunos barcos que fueron empujados hacia el sur, de manera que el 12 de septiembre estaban frente a Lisboa<sup>52</sup>. Juan de Silva envió aviso a Andalucía para que estuvieran prevenidos e informaba de su temor a que se desatara un ataque sobre Cascaes esa misma noche, ataque que tampoco se produjo. En realidad, la armada inglesa se estaba reorganizando. Raleigh se había separado de Essex con más de treinta barcos y se habían perdido varios buques debido a los fuertes vientos. El 21 de septiembre, Medina Sidonia informaba de que no había noticias de la llegada de la escuadra inglesa y manifestaba su temor a

---

(46) AGS, GyM, 487, n.º 4. Urquiola al rey. Pasajes, 10 de julio de 1597.

(47) *Ibidem*, n.º 261. Bertendona a Felipe II. Pasajes, 26 de julio de 1597.

(48) AGS, GyM, 488, n.º 311. Relación de Alonso de Velasco, 29 de agosto de 1597.

(49) AMN, SB, art. 4, núm. 1282. Relación gente de mar. Ferrol, 20 de agosto de 1597.

(50) AGS, GyM, 487, n.º 310. Avisos sobre Armada de Inglaterra. Ámsterdam, 16 de julio de 1597.

(51) AGS, GyM, 489, n.º 112. Luis Carrillo a Santa Gadea, 9 de septiembre de 1597.

(52) AGS, GyM, 489, n.º 163. Juan de Silva al rey, 12 de septiembre de 1597.

que se dirigiera a las Azores en busca de las flotas de Tierra Firme y Nueva España<sup>53</sup>.

En efecto, los comandantes ingleses juzgaron inconveniente acometer Ferrol, debido a los daños sufridos en los barcos a causa de los vientos y a la dispersión que sufrieron. Además, una pinaza daba aviso a Raleigh de que la armada española había zarpado hacia las Azores para proteger la flota de Indias. Essex era informado también, y los ingleses abandonan las costas peninsulares para dirigirse a las Azores en busca de Garibay y de la flota indiana. Pero la información era falsa; el grueso de la armada continuaba amarrado en Galicia, y la escuadra de Aramburu navegaba hacia Lisboa. Con la certeza de que los ingleses no atacarían las costas peninsulares y de que las inglesas estaban poco defendidas, tenía todo el sentido lanzar la armada contra el sur de Gran Bretaña.

Bernabé Pedroso, proveedor general de la Armada del Mar Océano, afirmaba que el 4 de octubre la expedición estaba lista y avituallada con 112 navíos y 24 carabelas que transportarían 34.080 t<sup>54</sup>. Se contaban quince galeones del rey, tres levantiscos (la escuadra de Pedro Ivella, que gobernaba Estefano Oliste) y dos de otros particulares.

La armada zarpó el 19 de octubre con destino a Falmouth. Santa Gadea no esperó a que Aramburu llegara desde Lisboa con los hombres procedentes de Italia, los bastimentos y el bizcocho. No había tiempo que perder; la escuadra inglesa se había desplazado a las Azores y la isla estaba desprotegida. Se aproximó hasta encontrarse a veintisiete leguas de la costa de Cornualles, pero de nuevo una tormenta impidió que llegara a las playas inglesas. La almiranta de Diego Brochero, el galeón *San Pedro*, fue muy castigada, y ante lo complicado de la situación, Santa Gadea ordenó el retorno a España. Algunos barcos se quedaron en Flandes, y otros pocos en Bretaña, pero la gran mayoría retornó a Galicia. Se perdieron tres galeones. El *San Bartolomé*, de 900 t, naufragó en Vizcaya, en Mundaka, salvándose cuarenta hombres<sup>55</sup>. Santa Gadea creía que estaba llegando a Vivero<sup>56</sup> (posiblemente lo confundió con el *San Giacomo de Galicia* –de la escuadra de Ivella–, cuyos restos se encontraron en Ribadeo en 2011)<sup>57</sup>. El galeón, efectivamente, llegó maltratado a Vivero, pero una tormenta lo desamarró y llevó mar adentro. El tercer galeón perdido fue el *San Lucas* (FDEZ. DURO: 1972, p. 167).

Santa Gadea, el 7 de noviembre, informó de que había dos navíos en Corcubión, uno en Cedeira, y que una galizabra entraba en Ferrol y otro navío en La Coruña. Con esos navíos a salvo, solo faltaban cuatro barcos por regresar<sup>58</sup>. El 21 de noviembre ya se contaban en el primero de ellos 93 naves de

---

(53) AGS, GyM, 489, n.º 229. El duque de Medina Sidonia a Felipe II. Sanlúcar de Barrameda, 21 de septiembre.

(54) AGS, GyM, 490, n.º 431. Relación de Bernabé de Pedroso. La Coruña, 4 de octubre de 1597.

(55) El naufragio ha sido explorado por CASABAN (2016).

(56) AGS, GyM, 491, n.º 136. Santa Gadea a Felipe II, 7 de noviembre de 1597.

(57) El galeón *San Giacomo* ha sido estudiado por SAN CLAUDIO y otros (2013 y 2019).

(58) AGS, GyM, 491, n.º 136. Santa Gadea a Felipe II, 7 de noviembre de 1597.

mayor porte y 19 carabelas, es decir, 112 barcos sin contabilizar todos los que hubiera en Francia y Flandes. Sin embargo, las fuentes inglesas hablaron de unas pérdidas de alrededor de veinte navíos, algo exagerado. Oppenheim, en sus comentarios a los *Monson's Tracts*, afirmaba que las bajas no fueron tan elevadas como decía Monson y que «solo tres hombres de mar se perdieron» (MONSON: 2007, p. 77).

Citando al cronista Cabrera de Córdoba, Fernández Duro afirmó que siete barcos llegaron a Inglaterra y desembarcaron cuatrocientos hombres, quienes, tras parapetarse y no recibir refuerzos, decidieron regresar (FDEZ. DURO: 1972, p. 167). Una fuente inglesa dice que «algunos barcos se detuvieron en Falmouth y su presencia en la costa dio la primera alarma» (MONSON: 2007, p. 77). A estas informaciones podemos añadir la existencia de una carta con información procedente de Inglaterra que decía «de la Armada del Adelantado no se tiene noticia que se hallan (*sic*) perdido más de cuatro navíos y dícese sete phelibotes pequeños que vinieron a dar en Inglaterra»<sup>59</sup>.

Se produjera o no este desembarco, el fin último de la empresa no se había alcanzado, si bien las pérdidas no pueden considerarse excesivamente abultadas.

La conocida como Armada Essex-Raleigh tampoco obtuvo éxito esta vez en las Azores, y las diferencias de criterio entre ambos comandantes llegaron a niveles verdaderamente graves. Juan Gutiérrez de Garibay, mediante una magistral maniobra, consiguió eludir al grueso de la escuadra inglesa y alcanzar la Península con el tesoro y las flotas de Tierra Firme y Nueva España intactas.

Santa Gadea y Brochero escribieron a Felipe II para volver a referirse a las dificultades estructurales de organizar una escuadra de ese tipo: escasez de marineros profesionales, dificultades para reclutar gente de mar, problemas de abastecimiento debido a la escasez de recursos..., pero también la complicada gestión burocrática por parte de los funcionarios, retrasos en los pagos de los salarios y revueltas creadas por la tropa que convertían su presencia en algo no deseado por los municipios. Santa Gadea proponía pagar a todos los hombres y dedicarlos a proteger las flotas de Indias.

La empresa de Inglaterra quedaba aplazada.

## Conclusiones

Como primera apreciación, simple y de carácter general, basta analizar el tamaño de estas armadas para darse cuenta de que el poder naval de Felipe II se había recuperado después del desastre de la Gran Armada.

La armada de 1596 no se iba a dirigir finalmente a Irlanda sino a Bretaña, lo que explica el notable interés de Felipe II por convertir a Isabel Clara Euge-

---

(59) AGS, E, 180. Carta con diversa información acerca de la situación en Inglaterra, sin fecha.

nia en señora de Bretaña y poner fin al presumible acercamiento de Mercour a Enrique IV.

Podemos considerar que ambas armadas fracasaron en su objetivo, pero no es menos cierto que el conocimiento de que se estaba organizando la futura armada de 1596 fue el argumento esgrimido por la reina para cambiar los planes del ataque al Caribe de Drake, en diciembre de 1595. Sin entrar a valorar la posibilidad de éxito que hubieran tenido los ingleses en esa operación, el temor a una posible invasión por los ejércitos embarcados en esta armada, unido al arribo de Amezola a Cornualles, hizo cambiar el objetivo de aquella expedición. La capacidad de disuasión fue el éxito colateral de una empresa que, después, fracasó en alcanzar su objetivo principal.

Debemos hablar de continuidad entre las armadas de 1596 y 1597. Como hemos visto, Felipe II ya estaba ordenando en diciembre al comandante revisar y reparar la flota cara a la primavera o el verano de 1597.

Los comandantes ingleses no cumplían estrictamente los planes de la reina, y sus disputas internas y falta de colaboración truncaron el posible éxito de las misiones inglesas de 1596 y 1597, al igual que había sucedido en 1589.

Nos encontramos ante un periodo de fracaso de las estrategias ofensivas; ni la expedición de Drake al Caribe en el otoño de 1595, ni las españolas de 1596 y 1597 o la de Essex-Raleigh de 1597 cumplieron sus objetivos. Solo la expedición inglesa de 1596 logró alcanzar el éxito (parcial) que supuso tomar Cádiz. Pero ese no era el objetivo de la reina ni del conde de Essex. A tenor del botín obtenido, desde el punto de vista corsario puede considerarse un triunfo, pero estratégicamente, atendiendo a los planes de la reina y de algunos de sus consejeros, el resultado fue decepcionante.

Aunque parezca un argumento muy vulgar y de escaso contenido científico, creo que es absolutamente cierto que las tormentas salvaron a Inglaterra y también, en este caso, a Felipe II, ya que la armada inglesa de 1597 tampoco pudo alcanzar las costas de la Península debido a los vientos que la azotaron frente a la costa gallega. La ausencia de conocimiento en estas materias, propia del siglo XVI, pudo cambiar el sentido de la guerra. William Monson lo narró así: «God fought for us, for the Spaniards had never so dangerous an enterprise un us»<sup>60</sup> (MONSON: 2007, p. 32).

Las condiciones en las que vivían los tripulantes y las tropas distaban de ser soportables, y la crisis económica de 1596 no ayudó a mejorar su situación. La escasa capacidad para reclutar hombres que se unieran a estas empresas hace ver que la vida del soldado de finales del siglo XVI no era muy atractiva. Viendo la capacidad de Felipe II de armar escuadras de más de cien navíos, cabe pensar que el problema de estas armadas no eran los barcos; era cómo dotarlas de tripulantes y soldados.

---

(60) «Dios luchó por nosotros, los españoles nunca tuvieron una empresa tan peligrosa sobre nosotros».

## Fuentes

### Archivos

- Archivo General de Simancas, fondo Guerra y Marina y fondo Estado.
- Archivo del Museo Naval de Madrid, Colección Sanz de Barutell.

### Bibliografía

- CASABAN, J.L. (2018). Proyecto San Bartolomé: B.28.3.4. Estuario de Urdaibai. Tramo final entre Mundaka y playa de Laida (Mundaka/Ibarrangelu). *Arkeoikuska*, 376-380.
- ELLIOTT, J.H. (2005). *La Europa dividida*. Madrid, Siglo XXI Editores de España, Historia de Europa.
- FERNÁNDEZ DURO, C. (1972). *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón III*. Madrid, Museo Naval.
- G.<sup>a</sup> HERNÁN, E. (1999). *La cuestión irlandesa en la política internacional de Felipe II* (tesis doctoral. Leída el 19 de abril de 1999). Universidad Complutense de Madrid.
- GONZÁLEZ-ALLER HIERRO, J.I.; CALVAR GROSS, J.; DUEÑAS FONTÁN, M. de y MÉRIDA VALVERDE, M.<sup>a</sup>C. (eds.) [2014]. *La batalla del Mar Océano: corpus documental de las hostilidades entre España e Inglaterra IV-4*. Madrid, Ministerio de Defensa, Armada española, núm. 7179, p. 613.
- MONSON, W. (2007). *The naval tracts*. Londres, reedición facsimilar de los textos publicados en 1902.
- SAN CLAUDIO, M. y otros (2013). «El pecio de Ribadeo, un excepcionalmente bien conservado pecio español del siglo XVI». En *Actas del I Congreso de Arqueología Náutica y Subacuática Española*. Cartagena.
- y — (2019). «El galeón de Ribadeo, *San Giacomo di Galizia* (Santiago de Galicia), 1597, un galeón de guerra en estudio». En *I Congreso Internacional «La Armada española de 1588 y la Contra Armada inglesa de 1589: el conflicto entre España e Inglaterra 1580-1607»*. Cartagena, 23-26 de abril de 2019. Cartagena, Museo Nacional de Arqueología Subacuática.
- WERNHAM, R.B. (1986). *After the Armada*. Oxford.
- (1998). *The return of the Armadas*, m. 1.